

CULTURA



Las llamadas mamás belgas, en la plaza de Cataluña a su llegada a Barcelona en mayo de 1937.

Las brigadistas judías en la Guerra Civil, rumbo a la tragedia europea

Sven Tuytens recupera en 'Las mamás belgas' las peripecias de 30 voluntarias que trabajaron de enfermeras en la contienda. Algunas acabaron en campos de concentración

JESÚS RUIZ MANTILLA. **Ontinyent** Cuando Vera, Golda y Rachel Luftig se enteraron del bombardeo de Gernika, decidieron que debían comprometerse con la República española. Rachel vendió su bicicleta y tanto ella como sus dos hermanas hicieron la maleta con lo justo para trasladarse desde Bélgica a la frontera pirenaica. No era su primer viaje, ni sería el último. A los Países Bajos habían llegado huyendo del antisemitismo que desde los años treinta sacudía Polonia, su país de origen. De España, con la derrota a cuestas y zumbando, volverían al norte. Golda y Rachel acabaron en un campo de concentración con suerte dispar. Vera se libró sin dejar un constante activismo como espía contra el enemigo en plena ocupación nazi.

Las tres ejemplifican la incierta y trágica odisea del siglo XX. Ese paréntesis en la historia que se mueve entre los ideales y el apocalipsis. Comprendieron pronto que su condición de perseguidas las obligaría a no quedarse paradas. También, que España representaba el primer frente de una guerra total en el continente, con los judíos en el amenazante punto de mira. Por eso, junto a otras 30 mujeres residentes en Bélgica entonces, pero provenientes de la diáspora del Este europeo —Polonia, Checoslovaquia, Hungría o Rumania—, se decidieron a arrimar el hombro en

de los republicanos durante la Guerra Civil. Así lo cuenta el libro *Las mamás belgas*, del periodista Sven Tuytens, publicado por la editorial El Mono Libre.

Querían luchar fusil en mano, "pero el machismo de las facciones dominantes respecto a las Brigadas [Internacionales] en el bando republicano, los comunistas, ante todo, no lo permitían", comenta Tuytens. Acabaron de enfermeras en Ontinyent (Valencia) en un hospital improvisado en un convento que llegó a tener 1.000 camas. El edificio sigue en pie, pero sin rastro del episodio.

Sin embargo, la memoria de Rosario Llin Belda, *Rosariet*, custodia aquellos días. "Yo había cumplido 15 años y entré a trabajar allí como voluntaria. Entonces

"Yo sí tengo una foto de su madre"

Miriam Luftig no partió a España con sus tres hermanas para enrolarse en las Brigadas Internacionales. Acababa de tener un hijo y decidió seguir viviendo en Amberes. Pero eso no quería decir que su destino fuese más seguro. "En una de esas razias, redadas que los nazis hicieron en

tenía dos hermanas enfermas y me iba a ser más fácil conseguir comida y medicinas para ellas dentro", comenta en su casa de Ontinyent, con 97 años a cuestas y suficiente lucidez sobre el pasado. "Las primeras dos semanas me las tiré limpiando el sudor a los doctores mientras operaban. Hasta que les dije: ¿Voy a estar me así toda la vida? Porque yo quiero hacer algo".

Un quirófano en la iglesia

Trabajaban a destajo. "Llegué a ver cómo en dos horas curaron 28 hernias y una fimosis", recuerda. Montaron un quirófano en el coro de la iglesia y poco a poco fueron poniendo en marcha mejoras para sanar a los heridos. Llegaban en tromba y a centena-

las ciudades belgas, cayó presa", cuenta Sven Tuytens, autor de *Las mamás belgas*. De allí pasó a Malinas, una localidad ferroviaria desde donde partieron 25.000 judíos que vivían en la zona hacia los campos de concentración y exterminio. "Los alemanes dejaron constancia rigurosa de todo, con nombres, procedencias y fotografías de los prisioneros", dice el autor.

Tuytens tuvo acceso a esos archivos, que se hallan en perfecto estado, cuando investigaba para su libro. Un buen

res desde frentes encarnizados y masacres como la del bombardeo de Xátiva. De esa forma se convirtió en un centro más que decente y con medios provistos por la Internacional Socialista. "Lo utilizaron con cierto propósito propagandista", dice Tuytens, autor también de un documental titulado como el libro.

Contaba con máquinas de rayos X, avances en ortopedia, laboratorio y especialidad en venéreas. "A ese último espacio de enfermedades contagiosas ninguna queríamos entrar; la llamábamos la sala de los toreros", recuerda Llin Belda. Ella pronto se convirtió en una especie de mascota. "Vera Luftig me adoptó. Me protegían y me enseñaban. Eran todas excepcionales, muy agradables y

día, Jacob Baal-Schem se puso en contacto con él. Era el hijo de Miriam. Vivía en Tel Aviv y quería información de la familia Luftig para seguir el rastro de su madre. "Tengo 76 años y nunca he visto su fotografía", le confesó a Tuytens. "Yo sí", respondió el periodista. La había encontrado en dichos archivos. Se la envió a Israel a su hijo, quien la enmarcó y hoy preside el salón de su casa, donde la enseña a amigos y familiares. Su historia pone de relieve el verdadero valor de un retrato.

Los destinos de las tres hermanas Luftig

El trabajo de las brigadistas europeas en el hospital de Ontinyent fue un capítulo activo en la cápsula de una vida plagada de vicisitudes no siempre buscadas, a las que no tuvieron más remedio que hacer frente esas mujeres que llegaron a España para defender la República. De las tres hermanas Luftig, Vera comenzó a trabajar como espía para los soviéticos cuando los nazis tomaron Bélgica en 1940. "Eso la marcó también después en la Guerra Fría como sospechosa", afirma Sven Tuytens. Murió de cáncer en 1959.

Rachel fue enviada al campo de concentración de Ravensbrück, pero sobrevivió. Golda, en cambio, acabó como sus padres: en Auschwitz sin poder contarlos. Allí ingresó igualmente Golda Luftig con el número 175. El siguiente, 176, se lo plantaron a su hijo, concebido precisamente en Ontinyent con el soldado Berliner, otro brigadista. El niño se llamaba Madrid.

muy trabajadoras". No sólo Vera y las Luftig, sino también aquellas cerca de 30 mujeres —21 de origen judío—, entre las que destacaban Genia Gross, Henia Hass, Lya Berger o las hermanas Anna y Adela Korn, todas ellas retratadas en el libro. Cada una, por diversos motivos y un muy arraigado ideal, formaron parte de las Brigadas Internacionales. "Si algo destaco de su ejemplo fue ese compromiso generoso sin esperar nada a cambio, tan extraño en estos tiempos de narcisismo exacerbado por las redes sociales", comenta Tuytens.

La asombrosa humildad del héroe es lo que deslumbró a este corresponsal en España de la radiotelevisión pública belga para contar sus historias. Algunas, como Vera o Genia Gross, llegaron con sus esposos y novios en el frente. El de la primera, Emiel Akkerman, cayó pronto defendiendo Madrid. Maks Stark murió en Teruel. Grevlo lo supo cuando le llegó devuelto el paquete con leche condensada que le había enviado. La primera pareja se había conocido en el Kultur Ferein de Amberes y casado en 1934. Al principio, ella no comprendió por qué Akkerman quiso arriesgarse a ir a un país extraño. "No puedo quedarme de brazos cruzados mientras mujeres como tú o niños inocentes caen a diario asesinados", le explicó.

Vera quedó tan impresionada por su experiencia que no solo se implicó, sino que lideró al grupo en que estaban sus hermanas. Pero cuando llegaron ya la división en el bando republicano agrietaba la victoria. "Se presentaron en Barcelona en mayo de 1937, pocos días antes de que los estalinistas aniquilaran al POUM [Partido Obrero de Unificación Marxista]. La idea de la división como motivo de la derrota anda por todo el libro", remata el autor.